

SUMARIO

Crónica general, por Niemand; pág. 49.—Napoleón jefe de ejército: La campaña de Siria, (continuación) por el conde de Yorck Watenburg; traducción de don Luis Trucharte, comandante de Infantería; pág. 51.—Los destacamentos de ametralladoras en el ejército alemán, (conclusión), traducido por M.; pág. 57.—La vida militar en Alemania: El mosquetero Horn, novela militar moderna, por M. Arthur Zapp; pág. 59.

Pliegos 93 y 94 del tomo III del DICCIONARIO DE CIENCIAS MILITARES, por don Mariano Rubió Bellvé, comandante de Ingenieros.

MANUAL DE FOTOGRAFÍA, por don Juan Luengo, capitán de Ingenieros.—Pliego 5.

CRÓNICA GENERAL

UN ÓBOLO DEMANDADO AL EJÉRCITO.—OBLIGACIÓN ESTRECHA DE ESTE PARA ENTREGARLO.—LO QUE DIRÁN EL BRONCE Y EL GRANITO.—RESULTADO DEFINITIVO DE NUESTRAS CAMPAÑAS.—MEDIOS DE EMPLEAR ÚTILMENTE EL DINERO QUE SE HA DE TIRAR.—LAS OPERACIONES DE NOCHE SEGÚN LOS REGLAMENTOS INGLESES.

Se ha solicitado el óbolo del ejército para realizar ó contribuir á realizar una empresa sin duda digna y meritoria. Se trata de elevar un monumento que conmemore el heroísmo de los militares y de los marinos que dieron su vida por la patria en las pasadas, tristísimas guerras. Ni el fin del monumento parece poder ser más loable, ni la obligación del ejército más estrecha para que los bronces, mármoles y granitos adquieran por el genio del artista la forma que perpetúe tan horribles miserias. Tendremos, pues, monumento; tendremos ámplio y sólido pedestal con hermosos relieves que pinten la desgracia; veremos en tal ó cual plaza pública el soldado abrazado á la bandera, el cañón destrozado, la proa del buque hundida, todo lo que el escultor crea necesario para evocar la memoria de lo que cae, de lo que se derrumba, de lo que quedó hecho astillas. Y tendremos también la fiesta magna de descorrer el velo que cubra al monumento, y escucharemos embelesables discursos magníficos, cuajados de hermosos tropos y de retumbantes frases en que las voces heroísmo y sacrificio brillarán en cada periodo. Y después, cuando la fiesta se acabe, y la voz de los oradores se extinga, quedará, sí, un artístico grupo de bronces expuesto á la admiración de las gentes; pero el ejér-

cito podrá decir: el escarmiento fué grande, la lucha heroica y terrible, mas en donde estábamos seguimos; todo está igual, y si una nueva guerra estallase, el resultado no sería otro que el de ahora: un nuevo monumento que perpetuase nuevas miserias y nuevos sacrificios.

Pídase en buena hora, su óbolo al ejército; pero recuérdese en primer término, que la familia militar es pobre, es desgraciada. No murieron en las colonias muchos millares de soldados por sobra de hierro ó plomo enemigo, sino por falta de elementos higiénicos, por falta de todo género de elementos de los que son característicos de un ejército moderno. Ahora mismo, en plena paz ¡el soldado se muere! ¡el soldado enferma en proporciones aterradoras, vergonzosas, que nos hacen sonrojar ante la Europa culta! ¡El soldado da en la paz su salud por la patria! ¡El soldado carece en el ejército de lo necesario para nutrir su organismo! De todos los cargos que se pueden hacer á un ejército este es el más grave, es el más abrumador, el más doloroso. Y á este ejército se le pide dinero para elevar monumentos á la memoria de los muertos, sin que una sola voz se levante á pedir una limosna para el pobrecito soldado que en la milicia ha contraído la horrible tuberculosis que le llevará al sepulcro.

El ejército no es malo. Podrá ser irreflexivo, como hijo de un país en que la irreflexión es hecho general. Si al ejército se le predicara el sacrificio en favor del soldado de hoy, ya que no puede resucitar al que ayer sucumbió en el campo de batalla ó en el hospital, gustoso accedería á él.

La ocasión es brillante para empezar. Levantemos un monumento á los militares y marinos muertos en Cuba y Filipinas; pero dejemos en paz á los broncees, no empleemos nuestros esfuerzos en modelar un hermoso cañón roto ó una inútil ancla de granito. Levantemos un monumento útil, un sanatorio para los soldados tuberculosos, para los pobrecitos soldados que tienen clavada en las entrañas la hiena de la tisis. ¿Qué monumento más hermoso puede concebir el mas genial escultor, que el que pudiera arrancar de las garras de la muerte á un solo soldado? ¿Qué demostración más palmaria podríamos dar de que sabemos reflexionar, que emplear el dinero del ejército en algo práctico en vez de malversarlo en erigir estatuas que por lo regular, más que para glorificar la memoria de los muertos sirven para halagar la vanidad de los vivos....

*
* *

Los ingleses, después de su campaña en el Transvaal, han estudiado los reglamentos, para corregir en ellos los defectos que notaron en la guerra. Han publicado ya la táctica de infantería y de instrucción combinada de todas las armas para el combate. Ambos trabajos están autorizados por lord Roberts, y el último, que lleva el título de *Combined Trai-*

ning, no deja de ofrecer un interés muy particular. En la imposibilidad de examinar de momento sus principales prescripciones, nos fijaremos en lo que dice respecto de los combates de noche, con cual examen por lo menos comprenderemos que, á pesar de todas las guerras habidas y por haber, el que se entrega á la tarea de redactar un reglamento, se olvida de las balas y del terreno para no fijar su atención sino en lo que escribe la punta de su pluma. Hay, á pesar de ello, en el reglamento, algunas prescripciones útiles que no son nuevas. Por ejemplo, determinar abandonan su formación de reunión, que es el mismo en que las columnas despliegue, á unos mil metros de la posición enemiga; prescindir, mientras no alboree, de la artillería y de la caballería; organizar el ataque con tropas de reserva, una reserva general y destacamentos de ingenieros que vayan en la vanguardia, etc., etc. Después llaman la atención mil detalles nimios: que no se haga fuego antes de tiempo, que no se haga ruido, que se pinten de blanco algunas piedras para no equivocar los caminos; que, para jalonar éstos se utilicen las cajas de hojalata en que se envasa la galleta...

Los reglamentos parece que quieren quitar á todo el mundo el derecho de pensar, prever y disponer lo necesario para ejecutar una acción determinada. No importa que digan, como en el caso presente, tonterías tan grandes como es la de que las diversas fracciones que operen de noche se unan con cuerdas para no perder las distancias; lo escrito, escrito está, y á ello hay que atenerse.

NIEMAND.



NAPOLEÓN JEFE DE EJÉRCITO

LA CAMPAÑA DE SIRIA

(Continuación)

«Mi línea de operaciones será Alejandría, Birket y Roseta. Yo me situaré con el grueso del ejército en Birket.» En una carta á Menou dice: «Birket es el eje de todas mis operaciones». (Ramanieh 21 de Julio). «El general Marmont está en Alejandría, vos permanecéis en Roseta, de suerte que os halláis formando el ala derecha, el general Marmont la izquierda, y yo el centro. Si el enemigo hace frente, combatiré en un buen campo de batalla, teniendo conmigo mi derecha ó mi izquierda, y procuraré que la que de las dos no pueda estar conmigo, llegue para servir de reserva.»

El conjunto del plan de operaciones en el bajo Egipto nos demuestra, pues, una vez más, los dos grandes principios, que tan claramente hemos reconocido en el sistema de guerra aplicado hasta aquí por Napoleón.

1.º No marchar hacia el enemigo en columnas separadas, sino formar desde luego la masa.

2.º Traer al campo de batalla todo lo que pueda llegar á él, sin excepción alguna.

El primer principio se observa en el hecho siguiente: en Ramanieh concentra Napoleón las tropas que quiere dirigir contra los turcos, y para ello las manda venir de los distintos puntos que guarnecen, concentrándolas en un punto á que seguramente podrá llegar antes que el adversario. Podría quizás haber efectuado una operación concéntrica ó envolvente de las columnas, saliendo Marmont de Alejandria, Kléber de Roseta, Napoleón de Birket, y dirigiéndose todas á Abukir. Pero no: la convicción de que era preciso concentrar sus fuerzas antes de llegar al enemigo, estaba demasiado arraigada en el ánimo de Napoleón. Resolvió desde luego reunirse con una de sus alas, ya que no podía hacerlo con las dos, y únicamente entonces quiso marchar al combate. En cuanto á la otra ala, no la dirigió tampoco directamente á Abukir, porque si los Turcos, por una casualidad, avanzaban, esta ala izquierda hubiera estado expuesta á encontrarse aislada con fuerzas superiores en número, y por esa razón la condujo por su propia línea de operaciones, para que constituyese su reserva.

Kléber recibió, pues, orden de estar dispuesto á marchar inmediatamente, bien á Birket, bien á Etko, procurando á todo trance ponerse en comunicación con Napoleón; Dugua recibió también aviso de enviar toda la fuerza que tuviese disponible, «porque el general en jefe necesitaba todas sus fuerzas para atacar al enemigo.» (Ramanieh, 20 de Julio á las 8 de la noche). El 20 Murat avanzó por Besseintuan y Birket para hacer exploraciones y comunicarse con Marmont. A éste se le recomendó la mayor vigilancia. Si el enemigo le ofreciese una capitulación, debería manifestar que si estuviese realmente facultado para ello, no tendría inconveniente en aceptar. «Porque yo consideraré como una gran suerte que la facilidad con que ellos han tomado á Abukir, les anime á bloquearos; pues entonces estaban perdidos.» (Ramanieh, 21 de Julio).

Sin embargo, el 22, Napoleón se convenció que el adversario no tenía intención de emprender nada contra Alejandria, sino que, por el contrario, se atrincheraba en Abukir. Desde entonces quiso marchar contra él y ver si era posible atacarlo. Con este objeto mandó marchar aquel mismo día á Lannes para Birket y Lanusse (antigua división Bon) para Besseintuan. Por consiguiente, el ejército se hallaba el 23 en Birket y en la noche del mismo día continuó su marcha hacia Alejandria y acampó á 15 kilómetros á vanguardia de dicha plaza. Napoleón, adelantándose con su ejército, llegó el 23 por la noche á reunirse con Marmont en Alejandria; inspeccionó el 24 las obras de fortificación, que encontró en buen estado, y supo que el enemigo, fuerte de unos 15.000 hombres, continua-

ba atrincherándose en Abukir. Tomó inmediatamente de la guarnición de Alejandría un pequeño destacamento con el que fué á situarse á la mitad del camino próximamente entre esta ciudad y el enemigo, en cierto punto á que daban importancia unos pozos que en él se encontraban. Dió en seguida al ejército orden de reunírsele en este punto, donde el 24, á la media noche, se halló reconcentrado. Kléber participó que estaba en Fuah, á orillas del Nilo.

Napoleón dictó inmediatamente sus órdenes. Murat emprenderá la marcha á las 2 de la madrugada con toda la vanguardia (á la cual se incorporó el destacamento sacado de Alejandría) y se dirigirá rectamente al enemigo. El ejército le seguirá, Lannes á la derecha, Lanusse á la izquierda; Kléber seguirá el movimiento sobre Abukir lo más rápidamente posible y servirá de reserva. Menou saldrá de Roseta con algunos centenares de hombres para inquietar al enemigo por aquel lado y distraer su atención.

En virtud de esta orden, marchó muy de madrugada el ejército sobre Abukir. El ejército turco se situó á vanguardia de la plaza en dos líneas incompletamente fortificadas, apoyando las alas en el mar. La infantería de la vanguardia de Napoleón comenzó el ataque contra el ala derecha de la primera línea enemiga, mientras que Lannes atacaba el ala izquierda. Murat con toda su caballería formó el centro. Lanusse estaba en segunda línea, detrás del ala izquierda. El ala derecha enemiga, abandonó inmediatamente su posición y se replegó sobre su segunda línea; el ala izquierda, desde entonces aislada, fué completamente envuelta por el ataque de Lannes y destrozada; todos los que escaparon de la matanza se arrojaron al mar. Las tropas de la segunda línea, que habían avanzado en auxilio de dicha ala, fueron rechazadas y lanzadas igualmente al mar. El ejército francés volvió en seguida á ordenarse antes de marchar al ataque de la segunda línea.

Esta línea, situada á vanguardia de la plaza de Abukir, comprendía un fuerte reducto central, prolongado á derecha é izquierda por los atrincheramientos. Napoleón destinó al ataque del frente de la fortificación la infantería de la vanguardia, mientras que toda la caballería tenía en jaque al ala izquierda enemiga. Lanusse, que había entonces entrado en línea, á la izquierda, recibió orden de envolver completamente el ala derecha enemiga, atacando al enemigo de frente con la 32.^a media brigada, é interponiéndose con la 18.^a entre aquel y el mar. Pero este ataque, enfilado por los flancos del reducto, fracasó, no consiguiendo arrojar á los turcos de sus atrincheramientos, ni envolver su flanco derecho; por lo que Lanusse se vió obligado á batirse en retirada.

Entonces Lannes se lanzó con dos batallones sobre el mismo reducto y al propio tiempo Murat acometió con su caballería al ala izquierda enemiga y Lannes renovó con la 18.^a media brigada su ataque á la posi-

ción ocupada por el ala derecha. Asaltado con buen éxito el reducto, Lannes penetró en él por la gola y por su flanco derecho, y habiendo un escuadrón de Murat atravesado la línea enemiga y llegando hasta la retaguardia de las fortificaciones, sus defensores vieron cortada su retirada y fueron pasados á cuchillo ó hechos prisioneros. Teniendo por base el reducto, los franceses envolvieron sucesivamente toda el ala derecha y la arrojaron al mar. El ejército turco fué, pues, completamente derrotado. Únicamente algunos escasos restos se salvaron en la plaza.

Fué una verdadera batalla napoleónica, una de esas batallas en que el adversario es aniquilado. Napoleón, lleno de gozo, escribía á Dugua: «El estado mayor os habrá enterado del resultado de la batalla de Abukir: es una de las más bonitas que he visto. Del ejército enemigo desembarcado no ha quedado ni uno.» (Frente á Abukir, 27 de Julio).

Al día siguiente, Napoleón intimó la rendición á la plaza; pero su intimación fué rechazada. Al bombardeo que comenzó entonces, la guarnición resistió, mientras las circunstancias poco favorables lo permitieron; pero se vió obligada á rendirse el 2 de Agosto.

Napoleón, después de haber esperado la rendición de Abukir, abandonó Alejandria el 5 y regresó á El Kairo el 10. Sin embargo, ya había tomado la resolución de dejar el Egipto sin tardanza. Es casi imposible determinar con exactitud la fecha en que había concebido este proyecto; pero es probable que siempre había existido en un rincón de su cerebro. No es verosímil que lo hubiese formado únicamente cuando un parlamentario enviado de Abukir á la escuadra inglesa, volvió trayendo periódicos europeos de reciente fecha. Tampoco es probable que Napoleón hubiese estado tan completamente privado de noticias, como él y su comitiva pretendieron siempre estarlo en lo sucesivo. Demasiadas personas, en primer lugar sus hermanos tenían gran interés en ponerle al corriente de todo, y él mismo en sus planes no había perdido nunca á Francia de vista.

Sea de ello lo que se quiera, enterado desde entonces de la triste situación de Francia y de las ventajas obtenidas por los aliados, juzgó que había llegado el momento de poner su espada en la balanza sobre el continente europeo y desempeñar los primeros puestos en el gobierno de su país. «¿Qué pueden las personas ineptas colocadas al frente de los negocios? todo es en ellas ignorancia, necedad ó corrupción. Sólo yo únicamente soy el que ha llevado la carga y con mis continuos éxitos he dado consistencia á este gobierno, que, sin mí, no hubiera nunca podido elevarse ni sostenerse.» (Marmont, Memorias, tomo 2.º, pág. 32.) A pesar de las exageraciones contenidas en estas frases, Napoleón tenía, sin embargo, el derecho de hablar de este modo, porque los franceses, en su gran mayoría, eran de la misma opinión, y en él veían el único salvador posible. Los laureles, que acababa de recoger en Abukir, le permitían

entrar en escena con todo el prestigio del vencedor. Después de Acre, no hubiera podido abandonar á Egipto. Por eso la victoria de Abukir tenía para él tanta importancia; ésta explica las palabras enigmáticas dirigidas por él á Murat en la noche que precedió á la batalla: «Esta batalla va á decidir de la suerte del mundo.» (Miot, Memorias, pág. 258).

Inmediatamente se ocupó, en El Kairo, de medidas administrativas, esforzándose en desmentir con sus actos los rumores que circulaban sobre sus proyectos de partida, á pesar del secreto que guardaba, porque sabía bien que el ejército, que no vivía sino con él, no le dejaría partir tranquilamente.

Indudablemente, el gran principio de operar en masa es el factor más poderoso de la dirección de la guerra, pero se necesita un trabajo intelectual para animar las masas y empeñarlas en el punto decisivo. Por consiguiente, al factor intelectual, es decir, al jefe, es á quien hay que atribuir la victoria. Los miles de hombres que se ahogaron en el mar, cayeron heridos de balas ó se rindieron en medio de su angustia, sucumbieron ciertamente bajo el peso de las fuerzas de un adversario superior; pero el alma del jefe fué la que puso estas fuerzas en movimiento. Cuanto mayor sea la masa, más inercia y rozamientos hay que vencer, y por tanto, el talento del general en jefe deberá ser tanto más vasto y más grande, cuanto más numerosas sean las fuerzas que tenga que manejar. La tendencia solamente de Napoleón de aplicar cada vez más el principio de la acción en masa es un indicio de su grandeza, como hombre de guerra. Desde este punto de vista, la campaña de Rusia, que condena en él al hombre de Estado, es la acción más grande del general.

A mediados de Agosto, Marmont, encargado por Napoleón de aprovechar una ocasión favorable para embarcarse, le participó la conveniencia de partir. Sidney Smith, que vigilaba las costas de Alejandria, acababa de marchar á Chipre para hacer aguada. Inmediatamente Napoleón abandonó El Kairo, el 18, y se dirigió á Alejandria, enviando orden á Kléber para que tomase el mando del ejército, y el 25, á las 5 de la mañana, embarcó á bordo de la fragata *Muiron* con Berthier, Murat, Lannes y Marmont. El 9 de Octubre por la mañana desembarcó en Fregus, en medio de las aclamaciones del pueblo.

La singular fortuna que tuvo de haberse librado, durante los cuarenta y siete días de esta travesía de los peligros que le amenazaban, no hizo menor impresión que sus victorias en sus compañeros de viaje. «Nos sentíamos, por otra parte, asociados á un destino omnipotente. Si algún hombre pudo creer en la protección de una mano divina, en un ángel tutelar que velase sobre él y preparase cuanto necesitaba para el éxito de sus empresas, este hombre fué Bonaparte.» (Marmont, Memorias, tomo 2.º, pág. 41).

La experiencia diaria demuestra con tanta frecuencia la fragilidad de

las previsiones humanas, que todos podemos hacer la confesión siguiente: «Me he comprometido en esta expedición tan ligeramente calculada, como me parece serlo; aquí, como en mil circunstancias, la improvisación será suplida, por la audacia y tal vez la fortuna coronará con el éxito unos trabajos que la fría razón no se hubiera jamás atrevido á emprender.» (Kléber á la condesa..... Tolón 8 de Mayo de 1798). Tener el valor de atreverse, la esperanza de conseguirlo y demostrar decisión en la ejecución colocan el éxito de una empresa por encima de las contingencias de la suerte. Aun los que profesaban por la estrella de Napoleón una admiración casi supersticiosa, no podían menos de decir: «Indudablemente él sabía atreverse, y esta facultad es la primera de todas para emprender cosas grandes. Se atrevió oportunamente, y si las circunstancias no le faltaron, tampoco él faltó á las circunstancias.» (Marmont, Memorias, tomo 2.º pág. 41).

NOTAS DE LA CAMPAÑA DE SIRIA, TOMADAS DE LOS FRAGMENTOS DE LAS MEMORIAS MILITARES DEL CORONEL VIGO ROUSSILLON (1793-1837).

Matanza de los prisioneros en Jaffa.—El ejército francés era poco numeroso para conservar consigo un número de prisioneros tan considerable. No podía cangearlos, pues los turcos, que nos hacían una guerra á muerte, no tenían en su poder ningún prisionero francés. No se hubiera podido, sin peligro, enviarlos á Egipto, porque para ello hubiera sido necesario disminuir el cuerpo expedicionario en un tercio, por lo menos, de su efectivo, pues las tropas, que allí se habia dejado, eran insuficientes para custodiarlos en medio de una inmensa población hostil. El ejército, que ya carecía de víveres, no podía mantenerlos. Por último, era indudable que si se les ponía simplemente en libertad, irían estos individuos inmediatamente á engrosar las filas del ejército, que acabábamos de derrotar.

Retirada de Siria.—Se hicieron parihuelas con ramas de árboles y los heridos ó enfermos fueron distribuidos entre grupos de ocho soldados, cuatro de los cuales llevaban al herido alternativamente, y los otros cuatro llevaban dos fusiles cada uno. Los camellos y los caballos de los estados mayores fueron destinados al transporte de los heridos no amputados.

(Continuará)

CONDE DE YORCK WATENBURG

Traducción de L. TRUCHARTE

LOS DESTACAMENTOS DE AMETRALLADORAS

EN EL EJÉRCITO ALEMÁN

(Traducido de la *Revue militaire*)

(Conclusión)

Por lo concerniente á su utilización en la defensiva, el reglamento recuerda que las ametralladoras son poco aptas para sostener un combate de fuego de larga duración; además no se saca provecho de su movilidad si se las destina de antemano á la defensa de un punto determinado. Recomiéndase mantenerlas desde luego retiradas, formando una reserva muy movable de fuego de fusilería asaz potente y no llevarlas hasta el momento oportuno á los puntos en que su intervención se considere necesaria.

Las ametralladoras pueden, en fin, emplearse enlazadas con la caballería independiente, cuya potencia de ataque y de defensa aumentan en el combate á pié y en el combate á caballo.

En el servicio de exploración, servirán para anular las resistencias que pudieran detener la caballería y en forzar localidades ó pasos defendidos por el enemigo. Puede ser útil, en ciertos casos, destacar una sección, con un carro de municiones, cerca de una unidad de caballería determinada.

En el combate contra la caballería adversaria, las ametralladoras se ponen en batería lo más presto posible, al frente y sobre uno de los flancos, para proteger el despliegue y el ataque; el situarlas de manera que estén cubiertas de frente por un obstáculo es, evidentemente, un desideratum; pero su primera condición es poder obrar, y la rapidez de las acciones de la caballería imposibilita todo cambio de posición. Por último, dentro del mismo destacamento, se recomienda no abrir demasiado los intervalos ó separar las secciones, á fin de no embarazar los movimientos de la caballería. Las piezas se conservan igualmente sobre sus cureñas y los atalajes cerca de aquéllas.

Por lo que antecede podría llegar á creerse que los alemanes intentan generalizar el empleo de la ametralladora, y que la creación de los destacamentos no ha sido sino el *debut*. Esto podrá ser cierto, pero cabe también el dudarlo.

En la duda, nos limitaremos á examinar la cuestión desde un punto de vista general. Las hipótesis emitidas á continuación no tienen otro objeto que abrir el campo á las discusiones.

La aparición de un arma ó de un ingenio muy perfeccionados provoca de ordinario el entusiasmo de la opinión pública, que se imagina ver en ellos la garantía del éxito, hasta el día en que un virada hace caer la máquina en el más completo descrédito: tal fué la suerte que cupo á la

ametralladora hace treinta años. Sólo los espíritus amplios y clarividentes aciertan á poner en su verdadero punto las maravillas técnicas que deslumbran á la masa y regular el empleo que puede hacerse, en un conjunto tan complejo como es el ejército en guerra, de los perfeccionamientos de la ciencia y de la industria.

Precisa reconocer que la prensa alemana ha sabido evitar esas exageraciones habituales. Más ó menos lisonjera, no ha visto jamás en el nuevo ingenio la panacea universal. Algunos periódicos han llegado á mostrarse escépticos en los servicios que del mismo pueden esperarse, y la mayoría de ellos se ha limitado á analizar el reglamento, «que da todo lo necesario y sólo lo necesario».

Este ha detallado todos los casos en que pueden emplearse las ametralladoras. Está en su papel al exaltar las aptitudes del útil á los ojos de los obreros llamados á manejarlo, pues sólo á este precio será sólida y eficaz la instrucción.

¿Es esto decir que se contará con suficientes ametralladoras para desempeñar todos esós papeles? Seguramente no.

La introducción de un nuevo órgano en un organismo ofrece siempre inconvenientes que llegan, por lo menos, á atenuar sus ventajas. Estas últimas deben ser aquilatadas con toda la precisión posible. Creemos haberlo hecho en las páginas que anteceden.

Antes de terminar, resumamos en algunas líneas:

A todas las distancias, la ametralladora es inferior al cañón; el «des-tacamento de combate» de los alemanes es tan movable como su artillería, pero al propio tiempo tan vulnerable como la «batería de combate» en tanto que las ametralladoras permanecen sobre sus cureñas. Una vez desca-balgadas, resultan tan difíciles de tomar como tiradores, de los que no poseen la movilidad ni la fluidez.

No se alcanza á ver, pues, la grande utilidad de las ametralladoras por doquiera que, normalmente, la artillería y la infantería operen en combinación.

Y aquí cedemos la palabra al general Rohne, quien ha discutido con algunos detalles el valor de las ametralladoras en el *Jahrbücher* de Diciembre de 1901:

«Puede inferirse, dice en substancia, que la ametralladora prestará servicios para reemplazar á los tiradores donde quiera que se necesite una gran intensidad de fuegos y sobre todo cuando sólo se disponga de poco sitio. Suplirá al cañón cuando las dificultades del terreno no permitan el empleo de la artillería.

Conviene dotar de esa arma en primer lugar las divisiones de caballería, á las que desembarazarán del engorro del combate á pié, sino por completo, siquiera en parte... Con esto permitirán á esa arma entrar de lleno en su elemento, que es el movimiento... Empero las ametralladoras

no podrán reemplazar las baterías á caballo, por ser impotentes contra los obstáculos; además, el cañón ofrece la gran ventaja de dar con su batallón la voz de alerta á las columnas próximas.

¿Lograrán algún día preparar el ataque de la caballería? Punto es éste que sólo podrá resolverse tras numerosos experimentos; para mí es dudoso, por razón de la dificultad de apreciar rápidamente las distancias...

Está fuera de duda que las ametralladoras están hechas mejor para la defensa que para el ataque: su cambio de posición es difícil, tanto más cuanto más próximo se tiene el enemigo.

La ametralladora podrá rendir grandes servicios en la guerra de montaña, para la defensa de los desfiladeros. Dudose es, sin embargo, que aun aquí puedan reemplazar el cañón de montaña, por lo menos cuando éste sea de tiro rápido, por la misma razón aducida á propósito de las baterías de caballería.»

Más y mejor no podría decirse para que el alto mando alemán pudiese compartir enteramente la opinión del general Rohne. La distribución de los trece destacamentos sobre el territorio no parece indicar que todos los cuerpos de ejército hayan de ser dotados de esos ingenios. Se han repartido entre batallones que tendrán que operar al comenzar una guerra en regiones montañosas ó muy cortadas, en los desfiladeros de los Vosgos ó en los de los lagos polacos. Otros servirán para dotar las divisiones de caballería..., y los alemanes habrán hecho de este modo, como ellos mismos lo han dicho de su reglamento, «todo cuanto es preciso y sólo lo preciso.»

M.

VARIEDADES

LA VIDA MILITAR EN ALEMANIA

EL MOSQUETERO HORN

NOVELA MILITAR MODERNA

por M. ARTHUR ZAPP

(Continuación)

—Dispense usted, señor sargento,—balbucea por fin con humildad—no creo posible que...

—Cállese usted—le responde el sub-oficial de almacén con voz de trueno.—El soldado no debe hablar sino cuando se le pregunte.

El jefe de la escuadra interviene entonces y hace notar á su camarada de almacén que el conscripto, con aquella túnica evidentemente de-

masiado, pero demasiado ancha y llena de burdos remiendos, parece más bien un abanico de pierrots que un soldado.

Pero el suboficial de almacén se niega á dar otra túnica mejor, como si se tratase de una exigencia insólita que, de satisfacerla, causase su propia pérdida y la de toda la compañía. Sin embargo, acaba por transigir dando un suspiro, y hace el sacrificio de entregar otra túnica un poco mejor.

*
* * *

Entre tanto, llega la noche: los conscriptos, que aun conservan una buena parte del dinero que sus padres les han dado en el momento de partir, cenan modestamente en la cantina: regresan luego á las cuadras, y cada uno coloca ordenadamente sus efectos en el pequeño armario que le ha sido designado por el cabo de cuartel. Algunos permanecen en las ventanas dirigiendo una mirada melancólica y soñadora al taciturno cielo de aquella fresca noche de Octubre; otros, sentados en los taburetes alineados junto á larga mesa, hállanse inmóviles, tristes y silenciosos. El conscripto de corta estatura, de tez pálida y de cuerpo esbelto, tiene la cabeza apoyada en una mano y trata de ocultar á los demás que tiene el corazón oprimido. Evoca en su imaginación el pasado; piensa en sus padres, en sus hermanos y hermanas que tanto lo querían; piensa en sus amigos con quienes tantas horas agradables ha pasado; piensa en fin, en su novia, de quien es prometido hace seis meses y con la que tan dulces sueños entretegió para el porvenir!... Ambos debían casarse ya pronto, cuando, contra todas sus esperanzas, fué declarado útil para el servicio en su tercera comparecencia ante el consejo de revisión, y, adiós amor y matrimonio, por dos largos años!

Una ardiente lágrima se desprende con lentitud de sus ojos y cae sobre la mesa sin que él lo advierta. Un fuerte golpe, que recibe en el hombro, lo saca bruscamente de la meditación en que estaba sumido.

—Hola, mozo! creo, por mi fe, que estás llorando—le dice el cabo de cuartel, el *gefrente*, sentado junto á él.

El conscripto experimenta la misma sensación que si hubiese recibido una bofetada, y da un salto, indignado.

—Señor!—exclama enfurecido,—cómo se atreve usted á tutear...

Una sonora carcajada del cabo le impide acabar la frase.

—Bah, bah! escúchame bien—le dijo éste—te dispenso que me llames *Señor*. En el ejército, esa denominación no es debida sino desde suboficial para arriba. No debes molestarte porque te hable de *tú*, al contrario. Yo soy un soldado antiguo mientras que tú no eres más que un estúpido recluta!

El conscripto mira por un instante al zumbón con perplejidad y volviéndole por último la espalda, se va á la ventana. Junto á él hay otro

joven que parece abandonado también á tristes pensamientos: su agradable y dulce rostro y sus ojos negros é inteligentes, inspiran simpatía: es demasiado joven; debe tener de dieciocho á diecinueve años.

—Ha ingresado usted voluntariamente en el ejército?—le pregunta el conscripto de maneras elegantes.

—Sí,—responde aquel volviéndose hacia su interlocutor.

Este mueve la cabeza con ironía.

—Considera usted la vida militar como cosa agradable?—le pregunta con acento de sorpresa.

El interpelado se encoge de hombros, su frente se nubla, en su fisonomía se marca una resignación llena de tristeza.

—No me era posible elegir—responde.—Han muerto mis padres y carezco de parientes que puedan interesarse por mí: aun debo, pues, considerarme feliz de que hayan querido admitirme en el ejército.

El de más edad de ambos jóvenes se siente profundamente conmovido y comprime su propio dolor: no había duda de que aquel otro joven era mucho más desgraciado que él. Espontáneamente tiende la mano á su camarada.

—Me inspira usted lástima—le dice animándose, y luego añade, impulsado por la necesidad imperiosa de abrir su corazón y de encontrar un amigo enmedio de aquellas personas extrañas.

—Me llamo Franz Kutschbach y soy supernumerario de correos. Desgraciadamente no he cursado en el gimnasio más que hasta el tercer año.

—Yo me llamo Pablo Horn—le dice el otro—estaba en la segunda división del tercero cuando perdí á mi madre. Entonces entré en la escuela normal de maestros, pues deseaba ser profesor de instrucción primaria, cuando...

No llega á concluir la frase: óyese en el otro extremo de la sala, súbito ruido: es el cabo de cuartel que golpea la mesa con los puños.

—Por vida de Sanes!—exclama enmedio del silencio que reina en la habitación.—En mi vida he visto cosa semejante! Rayos y truenos! Queréis ser soldados y permanecéis tristes como gorros de dormir? Animo, jóvenes, alegría, levantad esas cabezas! O es que creéis que es una desgracia el ser soldado? pues os equivocais, porque es un honor! Y ahora, cantemos una canción militar:

«Resuena la voz de *al arma*
como el ruido del trueno»

La enérgica arenga del cabo, y más aun que ella, los tan conocidos versos, electrizan á los jóvenes soldados que continúan entonando con entusiasmo verdadero:

«cual de las armas el choque,
cual oléage tremendo,
Al Rhin, al Rhin alemán;
¿quién se viene á defenderlo?»

Y cuando llegan al estribillo, los dos jóvenes compañeros no pueden permanecer más tiempo en la ventana: cógense de la mano, y con los ojos humedecidos, pero con la fisonomía transfigurada y radiante, juntan sus voces á las del coro general exclamando:

«Cara patria, está tranquila,
que te guardan nuestros pechos!»

CAPÍTULO II

Cómo comienza el servicio

A las cinco y media de la mañana del siguiente día, se abrió con estrépito la puerta de la habitación de los conscriptos, y una voz ruda, la del suboficial de servicio, gritó:—En pié!

Los reclutas, algunos de los cuales estaban sumidos aun en sueños halagadores, se estremecieron de espanto y se echaron fuera de la cama. Nó era cuestión de ser perezosos: se vistieron de prisa, y cada uno se vió obligado á hacer su cama bajo la dirección del *gefreite*.

A las seis y media llegó el sargento Thielke para dar la primera lección teórica. Los reclutas tomaron asiento en los taburetes. El sargento iba y venía con gravedad dentro del círculo que aquellos formaban. Era evidente que el sargento, en su cualidad de instructor, se consideraba todo un personaje. Se le conocía evidentemente en el aire de satisfacción y de superioridad que revelaba su fisonomía, y en toda su actitud, que sus funciones de instructor constituían para él un verdadero sacerdocio que ejercía con placer. Erguíase en toda su imponente estatura, y apoyaba su mano enguantada, en el puño del sable.

Lo primero que hizo fué dar lectura del código penal militar, añadiendo de su parte algunas explicaciones y observaciones, y luego empezó á hacer preguntas.

—¿Quién es el que está obligado
al servicio militar?

—Todos los hombres capaces de empuñar las armas—respondió el conscripto.

El sargento meneó la cabeza y dijo:

—Puede darse mejor respuesta; por ejemplo:

«No hay quien se precie de honrado
que lo pueda declinar.»

Vamos á ver, Kutschbach:

¿Quién es el que está obligado
al servicio militar?

—No lo puede declinar nadie que se precie de honrado.

El sargento sonrió enfáticamente.

—Habéis invertido el orden de las palabras de mi respuesta. Escuchad bien! Yo os pregunto:

¿Quién es el que está obligado
al servicio militar?

Y debéis responderme:

No hay quien se precie de honrado
que lo pueda declinar.

Eso rima, me comprendéis? sabéis lo que es una rima?

—Sí, señor sargento.

—Pues bien. Un verso es siempre más armonioso al oído y se le tiene también con más facilidad. Conviene unir siempre lo útil á lo agradable: es principio mío. Un poco más de atención y esto irá como una seda.

Luego continuó:

¿Cuál la misión sublime del soldado?
La protección del trono y del Estado.

Cuando terminó aquella primera lección teórica, el sargento de las inspiraciones poéticas había inculcado á los reclutas una media docena de sus respuestas rimadas.

Tras un pequeño descanso, bajaron al patio de los ejercicios. Un joven subteniente, que se llamaba Wittich, revistó á los reclutas de la compañía. El joven oficial no tenía el continente severo, pero parecía como fatigado por haber pasado en claro una parte de la noche. Se había levantado temprano y esto parecía haberlo puesto de mal humor: se manifestó bastante brusco y reprendió, no sólo á los reclutas, sino también á los suboficiales.

—Os digo que mucha energía—exclamó diferentes veces á las clases instructoras—mucha energía!

Y decía esto paseando por el patio de ejercicios, semi-embargado aun por el sueño y llevándose la mano derecha á la boca para disimular un bostezo.

A eso de las once sacudió su modorra el subteniente *bostezador*, y se avisgó súbitamente. Acababa de entrar el mayor en el patio del cuartel.

—*Firmes! Alineación derecha!*—gritó con voz vibrante el subteniente. Desenvainó luego la espada, se aproximó con rapidez al comandante del batallón, y le dió el parte reglamentario.

El mayor era un hombrecillo corpulento, de rostro encendido y avinagrado. Hizo á los reclutas un benévolo movimiento de cabeza; ordenó que se les pusiera *en su lugar descanso*, y pasó por delante de las clases instructoras.

—Cómo os llamáis, joven?—preguntó al *primero* de aquéllos, que era un mocetón esbelto.

—Scharff, señor mayor.

—Qué profesión tenéis en la vida civil?

—Empleado en el comercio, señor mayor.

El número *dos* era excesivamente vigoroso y de gran musculatura: el comandante del batallón examinó con satisfacción visible á aquel recluta de hermosa presencia.

—Cómo os llamáis, joven?

—Rühl, señor mayor.

—Qué es vuestro padre?

—Ha muerto, señor mayor.

—Qué era?

El semblante del soldado se contrajo como si necesitara morderse los labios para no reír.

—Hércules, señor mayor.

En el encendido rostro de éste se dibujó una sonrisa.

—Comprendo. Vuestro padre era acróbata ó algo parecido; no es así?

—Para serviros, señor mayor.

—Y cuál es vuestra profesión?

—Hombre-serpiente, señor mayor.

El mayor se echó á reír.

—Es decir, que también sois acróbata?

—Para serviros, señor mayor.

—Comprendo, y deduzco que los ejercicios os serán fáciles.

El número *tres* que tenía mejor empaque del que convenía á un recluta, había sido ayuda de cámara en la casa de una familia aristocrática. El número *cuatro*, que se distinguía por su bigote esmeradamente cuidado, había sido oficial en una de las mejores peluquerías del cuartel oeste de Berlín. El *quinto* no era de buena presencia: el uniforme resultaba demasiado ancho para su cuerpo flacucho. El semblante del mayor tomó un tinte sombrío.

—Cómo os llamáis?—le preguntó en tono áspero, á pesar suyo.

—Weber, señor mayor.

—Qué profesión tenéis?

—La de empleado en el comercio, señor mayor.

—En Berlín?

—No, señor mayor: en San Petersburgo.

El mayor le miró con admiración.

—Habéis nacido en Rusia?

(Continuará)